

COLECCIÓN ESTUDIOS DE LITERATURA



**ENFERMEDADES
DE LA MODERNIDAD**

ANDREA KOTTOW

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

COLECCIÓN ESTUDIOS DE LITERATURA

ENFERMEDADES DE LA MODERNIDAD

ENFERMEDADES DE LA MODERNIDAD

Andrea Kottow

Ediciones Universidad Alberto Hurtado

Alameda 1869 - Santiago de Chile

mgarciam@uahurtado.cl - 56-228897726

www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile, por C y C impresores

Agosto de 2022

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

ISBN libro impreso: 978-956-357-391-6

ISBN libro digital: 978-956-357-392-3

Coordinadora Colección Literatura

María Teresa Johansson

Dirección editorial

Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva

Beatriz García-Huidobro

Diseño interior

Gloria Barrios A.

Diseño portada

Francisca Toral R.

Imagen de portada: Adolfo Bimer, *Línea de sangre* (30.09.19 / 04.10.19). Portaobjetos con muestras de sangre, acero inoxidable, 20 x 141 x 10 cm, 2019. Fotografía: Sergio Redruejo.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

ENFERMEDADES
DE LA MODERNIDAD



Andrea Kottow

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

ÍNDICE

[Introducción. Deseo de modernidad](#)

[\(Sin\)sentidos de la locura](#)

[Locura parlante](#)

[Vicisitudes: eros y polis](#)

[Cuerpos ventrílocuos](#)

[¿Dónde están los padres de la patria?](#)

[Escenas invertidas](#)

[Primera escena](#)

[Segunda escena/inversión de escena](#)

[De la escena al caso](#)

[Tercera escena: triángulo e histeria](#)

[Tramas inmunitarias](#)

[Crisis y compensación](#)

[Una oligarquía en decadencia](#)

[Etnia, ética y estética](#)

[Cuerpos que pesan](#)

[Demarcando lo común](#)

[Ambivalencias de la modernidad](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía](#)

INTRODUCCIÓN

DESEO DE MODERNIDAD

La fascinación que emana de la enfermedad en cuanto tema de conversación y fuente de múltiples simbolizaciones tiene un alcance difícil de dimensionar. No solo pareciera haber pocos tópicos tan fecundos para alentar intercambios acerca de males sufridos -patologías propias y de otros, ahora y en el pasado-, sino que, asimismo, la problemática de la enfermedad forma parte central de la historia occidental desde sus mismos comienzos. De contenidos mutables y valoraciones diversas, salud y enfermedad se encuentran entre las parejas oposicionales más importantes dentro de nuestras coordenadas culturales.

Cuando, hace muchos años, comencé a trabajar sobre las representaciones y significaciones de salud y enfermedad en la literatura, no podía dejar de ver sus trayectorias por doquier. No parecía haber ninguna obra literaria que no incluyese escenas nucleares para el desarrollo de su trama, que no estuviera vinculada con el tema de la enfermedad. La literatura, así lo llegué a imaginar, no hablaba, en cierta medida, de otra cosa. Estaba leyendo con cierta obsesión toda la obra de Thomas Mann, sin duda, un autor para quien la enfermedad forma parte ineludible de toda su narrativa. Pero también sus contemporáneos, Hermann Broch y Robert Musil, cifran sus universos narrativos desde imaginarios que integran una reflexión acerca de “lo enfermo” y “lo saludable”. ¿Para qué hablar de Kafka y de los grandes clásicos modernos: Marcel Proust, James Joyce y Virginia Woolf? Y yéndose hacia atrás, al siglo XIX, uno se topa con Gustave Flaubert -¡qué grandiosa escena aquella

en la que relata cómo el farmacéutico Homais presiona a Charles Bovary para operar con convicción ilustrada el pie equino de Hipólito, quien queda sin poder caminar!-; con Charles Baudelaire y sus flores enfermizas; con Émile Zola y su novela experimental, inspirada en el médico Claude Bernard; con Oscar Wilde y los sueños oscuros del opio; Fiódor Dostoievski y las febriles energías criminales. ¿Y qué decir de todo el Romanticismo y su inclinación a observar en todo lo anómalo, mórbido y decadente una fuente de inspiración y creatividad? En fin, la lista podría llegar a ser larga y abrumadora, además de innecesaria. Lo que se me impuso, por tanto, es que la enfermedad -tema que me parecía menos obvio y más subterráneo que otros grandes tópicos del arte y de la literatura, como el amor, la sexualidad, el viaje y la muerte- forma parte fundamental de nuestra cultura, y que los términos “salud” y “enfermedad” tenían una presencia tan persistente como insistente, cuyas huellas me aprontaba a seguir. Por cierto, me encontré con muchos compañeros de rutas, de ayer y de hoy, de allá y de acá. Si bien la enfermedad parecía ser una problemática más desatendida en los estudios literarios que otras, descubrí hitos fundamentales que se volvieron mis libros de cabecera, entre otros, *La enfermedad y sus metáforas* de Susan Sontag, *Historia de la locura*, *Historia de la sexualidad* y *El nacimiento de la clínica* de Michel Foucault, *Lo normal y lo patológico* de Georges Canguilhem. Y, por supuesto, no me dejó de impresionar la importancia de dos grandes pensadores de la enfermedad, sin los cuales el siglo XX no sería lo que fue: Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud, cuyas obras formulan una “sospecha” acerca de la salud, que forma parte esencial de la crítica a las premisas modernas que marcan la entrada al nuevo siglo.

Desde ese momento -en 1997, cuando escribía mi tesis de

magíster-, y hasta ahora, leo y reflexiono la literatura siempre con un ojo puesto en lo enfermo. Y sigo convencida que los vínculos entre literatura y enfermedad no son accidentales ni secundarios, sino que de un orden esencial.

Tan presentes como las parejas oposicionales de lo bueno y lo malo, la cultura y la naturaleza, el cuerpo y la mente, lo masculino y lo femenino, etc., salud y enfermedad atraviesan una serie de prácticas, incluyendo el espacio literario. En las últimas décadas se ha ido desarrollando un creciente interés por parte de diversas disciplinas en torno a los términos de salud y enfermedad, entendiendo cómo estos trascienden el saber biomédico y haciendo hincapié en sus alcances discursivos, así como en su potencial metafórico. En una sociedad que proclama como uno de sus máximos bienes la salud y su preservación, la enfermedad se colma de significaciones valóricas, que acrecientan su potencial simbólico y aumentan su alcance performático. La literatura funciona como un entramado que liga y superpone significaciones provenientes de la medicina, la moral, la política y la economía, así como de la crítica cultural y social. Las significaciones que adopta la enfermedad en la literatura pueden articular un tipo de saber “patognóstico”, neologismo formulado por el crítico alemán Jochen Hörisch, un saber con y a través de la enfermedad: es decir, una gnoseología a partir de la patología, donde lógica del conocimiento y la lógica de la enfermedad se corresponden. El estudio de las constituciones simbólicas de salud y enfermedad tienen el potencial de aportar un saber estrechamente vinculado con la época en que estas significaciones son construidas, existiendo una importante relación entre enfermedad, época y crisis.

Será, sobre todo, a partir de la modernidad y el concomitante desarrollo de una sociedad burguesa

secularizada y urbanizada, que salud y enfermedad denotan una extraordinaria presencia en textos políticos, filosóficos y literarios. Las exigencias productivas de la Revolución Industrial y el desarrollo de las estadísticas demográficas producen la imagen de la enfermedad a partir de lo que Foucault (2006) llama “una sustracción de fuerzas” . La medicina es llamada a adoptar la “función crucial de la higiene pública” (Foucault, 2006), que medicaliza a la población. Salud y enfermedad son determinados desde y hacia el cuerpo social, son estados de productividad o de estorbo al trabajo, y la medicina, en consecuencia, recibe el encargo de rescatar al trabajador recuperable, abandonando a quienes no son productivos. Es la época en que sociedad y Estado son entendidos como cuerpo orgánico, cuyas necesidades se han de cubrir a costa de los individuos: “La medicina es un saber/poder que se aplica, a la vez, sobre el cuerpo y sobre la población, sobre el organismo y sobre los procesos biológicos; que va a tener, en consecuencia, efectos disciplinarios y regularizadores” (Foucault, 2006: 228). La “medicalización”, término que acuña Iván Illich en su obra señera *Némesis médica* (2010), describe los mecanismos a través de los cuales una gama cada vez más amplia de saberes, prácticas y discursos son considerados desde una visión política de la medicina y evaluados en una escala cuyos valores organizacionales son salud y enfermedad. Aspectos morales y estéticos, así como aspectos funcionales del cuerpo, se irán entretrejiendo con una mirada de la medicina científico-natural que campea en el siglo XIX sobre diversos fenómenos sociales, como el movimiento higienista de la segunda mitad del siglo XIX, el intento de regulación del crecimiento de la población, como también de las tasas de natalidad y de mortalidad, y la sistematización de los programas de salud pública, donde

se cruzan discurso político y administración del cuerpo.

Los procesos modernizadores, que implican transformaciones a nivel social, político, económico y cultural, conllevan una comprensión nueva del cuerpo humano, marcada por discursos racionalizadores y cientificistas, que se impondrán con fuerza en el mundo occidental en el transcurso del siglo XIX. En Latinoamérica, el proceso modernizador está marcado por desfases, fragmentaciones y desigualdades, que han llevado a caracterizarlo como una “modernización periférica”, término utilizado tanto por la teórica argentina Beatriz Sarlo como por el chileno José Joaquín Brunner, señalando, así, la necesidad de una mirada diferenciada sobre un período de tiempo que abarca desde las primeras décadas del siglo XIX hasta los primeros decenios del siglo XX. La modernización se vincula en Chile, como en América Latina, en general, con una serie de cambios profundos que transforman solo paulatinamente y de manera no homogénea a las sociedades, incluyendo los procesos independentistas, la constitución de las naciones republicanas, los proyectos culturales que deben servir a los nacientes países de sustrato ideológico-simbólico y la compleja entrada de las economías locales al capitalismo internacional. Bernardo Subercaseaux (2011/a), ha propuesto diferenciar “modernización” -en cuanto transformaciones objetivas a nivel económico, social y político-, “modernidad” -como la gran época y experiencia vital, marcada por una serie de contradicciones, de quienes vivencian estas transformaciones- y “modernismo”, que comprende las visiones e ideas que acompañan estos cambios. En el espacio nacional chileno se evidencian tensiones entre estos tres ámbitos, que sugieren una revisión desde distintas perspectivas de modernización y modernidad, para ir abriéndose a la complejidad que estos

presentan.

Será a partir de mediados del siglo XIX, y en estrecha conjunción con los procesos modernizadores, que los discursos de corte biopolítico, fundamentados en una visión secularizada, liberal y positivista del ser humano, circularán entre la elite ilustrada en Chile. Representaciones del cuerpo humano, en cuanto fenómeno a ser controlado, regulado y funcionalizado con el fin de fundamentar una sociedad ilustrada y liberal, comienzan a poblar diversos discursos y prácticas sociales. Esta valoración de un cuerpo individual y colectivo sano, base para el proyecto modernizador -homogeneizante y racionalizador-, será cuestionado y criticado en discursos literarios que tematizan la enfermedad, convirtiéndola en metáfora para la problematización de los procesos modernizadores, evidenciando, de esta manera, sus contradicciones y fragmentaciones.

La literatura es entendida como práctica discursiva simbólica, siendo posible descubrir a través de ella la riqueza, la complejidad y las posibilidades que evidencian salud y enfermedad como tópico, problema, excusa y recurso para discutir una serie de temas que trascienden el concepto médico de los términos. Como ha planteado el historiador argentino Diego Armus (2005), que ha dedicado varias de sus obras al tema de la medicalización en Argentina y Latinoamérica: “Lo que [se] revela, una vez más, es la complejidad de las relaciones entre quienes quieren curar y quienes necesitan curarse y las variadas percepciones y recursos que circulan en torno de una enfermedad y que exceden holgadamente el mundo de la medicina diplomada” (28). Salud y enfermedad sirven de vehículo para fundamentar el proyecto modernizador en Chile, pero a su vez serán utilizados como plataforma simbólica para cuestionar un proceso que se vive colmado

de contradicciones, desigualdades e insuficiencias. Salud y enfermedad, necesariamente, aparecen entretejidos con otros términos valóricamente cifrados, las más de las veces jerárquicamente organizados, y acrecientan el potencial de la dicotomía para constituir significaciones a niveles estéticos, políticos y morales.

Lo que me he propuesto en este libro es pesquisar las representaciones y metaforizaciones de salud y enfermedad desplegadas en discursos literarios entre 1860 y 1920, con el fin de desentrañar cómo estos cifran determinados aspectos de los procesos modernizadores concomitantes, entendiendo, según la formulación de Julio Ramos (1989), que la literatura puede denotar los “desencuentros de la modernidad en América Latina”. Las obras literarias consideradas en este libro se analizan con el fin de estudiar los modos en que estas significan los términos de salud y enfermedad. A su vez se estudia el diálogo que estas establecen con otras prácticas simbólicas, como lo son la crítica cultural y social, para mostrar cómo las concepciones y representaciones de salud y enfermedad se generan, transmiten y proyectan discursivamente. Las preguntas que urden la trama de este libro son: ¿Cuáles son las imágenes, concepciones y metáforas de salud y enfermedad que aparecen en la literatura chilena entre 1860 y 1920? ¿Cómo se vinculan los discursos literarios con otros discursos sociales en lo que respecta a las constituciones de imágenes de salud y enfermedad? ¿Cómo se problematizan, en las simbolizaciones literarias de salud y enfermedad, ciertos aspectos del proceso modernizador?

La problemática de la enfermedad y sus representaciones literarias, así como las formas estéticas que encuentran lo saludable y lo morboso, tiene aristas múltiples, de las cuales he querido delinear algunas. La literatura chilena de la segunda mitad del siglo XIX y de comienzos del XX se

muestra muy rica en imágenes de lo patológico, y he intentado trazar una serie de coordenadas que me parecen fundamentales para pensarlas. Algunas de ellas dicen relación con el proyecto ilustrado de civilización y progreso, así como con las temáticas vinculadas a la higiene y al higienismo.

El advenimiento de la República implica en la naciente nación el gran proyecto de la civilización, entendiéndose por “civilizar”, desde las elites, la educación y la ordenación del pueblo, lo que a su vez irá aparejado con la eliminación de las actitudes individuales y colectivas indeseadas y consideradas inapropiadas. El proceso modernizador conlleva la racionalización de las prácticas y discursos estructurantes de lo social y cultural a múltiples niveles, incluyendo la comprensión del cuerpo humano. El sistema médico, el sistema legal, el sistema educativo, la urbanización y la organización del espacio muestran preocupaciones que giran en torno al ser humano en cuanto cuerpo a ser cuidado y reglamentado. El proyecto de la República comporta el movimiento higienista, el control y la administración del cuerpo individual y colectivo, y la medicalización de la sociedad. El historiador Álvaro Góngora reconoce que “estos conceptos fueron manifestación local de criterios emanados del racionalismo ilustrado europeo, más específicamente francés, empeñado en erradicar la tradición por “insalubre”” (213).

Los discursos higienistas, que atraviesan los discursos médicos, políticos y sociales, están posibilitados por el afianzamiento de una medicina de raigambre científica y de origen europea¹. La práctica médica se formaliza e institucionaliza en el transcurso del siglo XIX, intentando apartar todo quehacer médico basado en la charlatanería, en la superstición o en creencias ancestrales. A partir de diversos mecanismos, el siglo XIX será el escenario de la